

## *El lenguaje de la intolerancia en los Balcanes\**

Pedro BÁDENAS DE LA PEÑA

### INTRODUCCIÓN

El proceso violento de descomposición de la antigua Yugoslavia durante esta última década del siglo ha conmocionado a la opinión pública europea. La violencia desatada, aún en curso, augura un largo período de hostilidad y ruptura de la convivencia en todo el Sureste europeo. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial se había considerado —inconscientemente— que la violencia era el recurso de regímenes despóticos «tercermundistas» para resolver sus problemas y que Europa estaba a salvo de tales desastres. Incluso los sangrientos sucesos de Hungría (1956) y de Checoslovaquia (1968) eran algo ajeno al espíritu europeo y atribuibles únicamente a la necesidad de defender la URSS su hegemonismo pactado en Yalta y Potsdam sobre medio continente. Pero el naufragio de la antigua Yugoslavia postitista, cuando parecía que el fin de la bipolaridad abría un prometedor futuro sin tensiones, despertó a los occidentales de una prolongada inconsciencia. Nadie, absolutamente nadie, ni en los medios políticos, ni intelectuales, sospechaba que el orden nacido en Europa tras 1945 pudiera mantener latentes los mismos elementos que habían generado gran parte de las catástrofes humanas que acompañaron a las guerras balcánicas y al desmembramiento de Turquía al término de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo sí que existían y actuaban los mismos factores que ahora están desestabilizando los Balcanes. Todo lo que está sucediendo y, lo que es más importante, las mismas actitudes mentales, ya se produjo y actuó en Chipre no hace tanto. El drama chipriota en sus diversas fases: descoloni-

---

\* Trabajo realizado en el marco del proyecto PB 95-0138 financiado por la DGICYT.

zación (1955-1960), ruptura de la convivencia (1963-64) y virtual partición violenta de la isla (1974-hasta hoy) contiene todos los ingredientes que actualmente, a una escala mayor y más compleja, han incendiado de nuevo los Balcanes. La inconsciencia europea que nunca quiso o supo medir el alcance de ese conflicto, en apariencia lejano y periférico, ha ido de la mano de una actitud bastante más arriesgada y, por supuesto, menos inocente: la lógica de la homogeneidad en la configuración de los estados-nación. La homogeneidad, sobre la que se fue forjando la tradición política occidental y su correspondiente pensamiento, es en realidad una ficción. Las sociedades humanas nunca pueden ser, por naturaleza, homogéneas porque los criterios de diferenciación son múltiples. En cada momento histórico puede predominar un criterio sobre otros posibles. El recurso para aplicar la homogeneidad queda así abierto, en otras palabras, la «limpieza étnica» puede operar bajo diversas formas. El orden emanado de los tratados de paz de Westfalia (1648) —*cujus regio ejus religio*— supone, como lo había sido en la España del siglo XVI, un determinado criterio de «etnicidad»: la religión. La Paz de Westfalia abrió el camino para la creación de Estados políticamente homogéneos, con población ya católica, ya protestante. Más tarde, en el siglo XIX, el criterio varía —aunque en muchos casos podrá unirse al anterior— y será la lengua el factor homogenizador. La cartografía alemana etnolingüística influiría así en la remodelación del mapa político europeo. Asimismo, en el caso de los Balcanes, estaban ya servidos los conflictos por venir, pues el factor religioso —único criterio vertebrador del equilibrio entre los distintos pueblos del imperio otomano— se complicó con la diversidad lingüística del *Rûm-millet*. Hoy vemos los efectos de la reaparición de los mismos criterios para redefinir nuevos espacios: en Chipre, Bosnia, Croacia, Macedonia, Kosovo, Serbia los criterios religiosos y/o lingüísticos, con toda la compleja carga autoidentificatoria que implican, han llegado a estar fuera de todo control racional. El lenguaje, único instrumento y medio humano de conceptualización y expresión, ocupa —como es obvio— un lugar esencial.

Las atrocidades de las que durante estos diez años se hacen eco los medios de comunicación, organizaciones humanitarias y organismos internacionales son, desgraciadamente, un «*déjà vu*»; los informes y estudios realizados a propósito de las Guerras Balcánicas y de la guerra greco-turca de 1921-22<sup>1</sup> siempre han estado disponibles para quienes, con poder y res-

<sup>1</sup> Pueden verse: A. J. Toynbee, *The Western Question in Greece and Turkey*, Boston, 1922; Carnegie Endowment For International Peace, *Report of the International Commission To Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars*, Washington, 1914.

ponsabilidad para ello, pudieran haber contribuido a que en el umbral del siglo XXI no se repitiera, agravada, la misma tragedia, pero nadie parece haber querido reparar en ellos y sacar conclusiones constructivas.

El factor decisivo para que esta violencia irracional actúe colectivamente es la motivación psicológica generalizada y asumida individualmente que requiere, ineludiblemente, de un lenguaje. El lenguaje de la intolerancia y el odio es por lo tanto colectivo e individual a un tiempo. Los pueblos en conflicto, en el marco de sociedades complejas, como son las balcánicas, han sido y siguen siendo largamente inductados en el sentimiento del «honor nacional (étnico)» que, en la mayoría de los casos, significa la rivalidad potencial o declarada con otros pueblos vecinos. Desde la formación de los estados nacionales en la región, desde principios del siglo XIX hasta hoy, puede observarse de manera recurrente la sistemática voluntad de rechazar total o parcialmente la existencia de alguna nación vecina, así como el rechazo a toda «etnia» que aún permanezca en el interior de un territorio considerado como exclusivo y que no se asimile abandonando sus propias señas de identidad. El movimiento ilirista en el siglo pasado bajo su forma pancroata consideraba, por ejemplo, como croatas a todos los eslavos del sur. En el XX, el nacionalismo radical panserbio del período de entreguerras negaba, a su vez, la existencia de las identidades croata y eslovena. Asimismo, la existencia de una nación búlgara ha sido discutida por serbios, griegos y croatas. El nacionalismo serbio ha sido proclive a considerar a los albaneses como «serbios perdidos» cuyo «nacionalismo agresivo es producto de una conspiración austriaca e italiana». Punto de vista compartido también por el nacionalismo griego que nunca vio con buenos ojos la existencia separada de una Albania no griega. El irredentismo croata y, de manera especial, el panserbismo nunca han aceptado la existencia de los bosnios musulmanes (bosníacos). A su vez el radicalismo serbio, griego y búlgaro no admite en su imaginario «espacio nacional» la existencia de una entidad macedonia o arumana cultural y políticamente diferenciadas. Los macedonios han sido considerados como «serbios meridionales» por los serbios, como «búlgaros occidentales» por los búlgaros, como «griegos eslavizados» por los griegos quienes les niegan además hasta el uso del nombre de «Macedonia»<sup>2</sup>, de manera que, tanto en el lenguaje oficial como en el habla coloquial, para los griegos la Re-

---

<sup>2</sup> Cf. H. Poulton, *Who are the Macedonians?* Londres, 1995 y P. Mackridge, E. Yannakakis (eds.), *Ourselves and Others. The Development of a Greek Macedonian Cultural Identity Since 1912*, Oxford-Nueva York, 1997.

pública de Macedonia (ex-yugoslava) es el «estaducho (*kratidion*) de Skopje» ya que el panhelenismo —en una contradictoria paradoja con el mito nacional de la continuidad— mantiene como algo sagrado el carácter inalienable del uso del nombre del antiguo reino de Filipo que acabara con la libertad de Atenas; sus habitantes por lo tanto no son macedonios sino «escopianos» o «gitanos de Skopje» o «gitanos balcánicos» o «valacos escopianos». Por otra parte, la palabra «valaco» (*vlažos*) cobra a menudo en el habla coloquial de griegos, croatas y serbios el significado de «paleta, zafio».

Todas estas negativas visiones mutuas parecían algo ya superado y quedaban relegadas sólo a usos ocasionales, no siempre agresivos, en el habla más coloquial. Pero cuando con el postitismo comenzó la crisis de la Federación Yugoslava y, al final llegó la ruptura violenta, se ha podido apreciar hasta qué punto la negación del Otro, considerado como enemigo real o potencial del Yo étnico, adquirió un carácter sistemático en el lenguaje de los medios de comunicación que prendió rápidamente en el conjunto de los hablantes y facilitó la quiebra de la, hasta entonces, supuesta coexistencia entre las distintas nacionalidades de la Federación. Croatas y serbios fueron así condicionados a «recordar» a los *ustashi* y a los *chetniki* con sus respectivas atrocidades en la Segunda Guerra Mundial.

El problema del influjo del lenguaje del odio no se limita al caso yugoslavo. En los Balcanes se asiste hoy a una extensión generalizada del lenguaje negador del Otro que, a través de los medios de comunicación, actúa poderosamente sobre el conjunto de la opinión pública de las distintas sociedades afectadas, impidiendo o retrasando el desarrollo de un lenguaje capaz de articular el discurso intelectual superador de las mentalidades y actitudes etnocéntricas. En este trabajo se presenta una pequeña muestra de ejemplos de este lenguaje intolerante en sus diversas modalidades y objetivos<sup>3</sup>. La atención de distintos organismos internacionales y organizaciones

<sup>3</sup> Los materiales utilizados han sido extraídos de los medios de comunicación de los países de la región, entre 1995 y 1997, por los distintos equipos de monitores de las organizaciones colaboradoras y por el autor, en lo que se refiere a los medios griegos. Medios de comunicación utilizados:

Albania: *Rilindja Demokratike*; *Gazeta Shqiptare*; *Zeri i Popullit*; *Rilindja*; *Albania*; *Tribuna Demokratike*; *Balli i Kombit*; *E Djalhtia*; *Alternativa*.

Bosnia: *Hrvarske Rilec*; *Glas*; *Serbian Oslobođenje*; *Vecernje Novine*; *Serb TV-Pale*; *Croatian TV-Studio Mostar*.

Bulgaria: *24 Chasa*; *Dneven Trud*; *Noshten Trud*; *Shult Trud*; *Standart*; *Kontinent*; *Novinar*; *Demokratsia*; *Duma*.

Croacia: *Vjesnik*; *Vecernji List*; *Novi List*; *Slobodna Dalmacia*; *Glas Slavonje*; *Hrvatsko Slovo*; *Feral Tribune*; *Hrvatski Obzor*.

no gubernamentales (ONGs) comprometidas con la observancia de los derechos humanos<sup>4</sup>, lleva tiempo apoyando la recogida exhaustiva de materiales que testimonian el auge de la intolerancia en el lenguaje de medios de comunicación y círculos oficiales en relación con todos los grupos humanos que, en la visión etnocéntrica, alteran la homogeneidad nacional de los Estados concernidos.

## EL «YO NACIONAL» / EL «OTRO» Y EL LENGUAJE DE LA INTOLERANCIA

El nacionalismo, la mentalidad intolerante y sus correspondientes lenguajes, susceptibles de llegar a adoptar manifestaciones autoritarias y excluyentes, tienen su origen en los conceptos y representaciones que de la propia historia e identidad cultural se transmiten por el sistema educativo y se amplifican a través de los medios. No todos los individuos están suficientemente preparados para resistir o contrarrestar a esta especie de «neolenguajes» de tipo orwelliano, con lo cual se generaliza una conceptualización del mundo mediante imágenes lingüísticas simplificadoras y que violan los principios de libertad, igualdad, solidaridad y dignidad humanas. El lenguaje de la intolerancia especializa un vocabulario selectivo y discriminatorio que intenta legitimizar la representación negativa del Otro. Este lenguaje refleja el tipo de identidad nacional que esquematiza los rasgos distintivos de la homogeneidad cultural, étnica, religiosa y lingüística del Yo nacional. Tales estereotipos se han estudiado bien, por ejemplo, en la ideología difundida en los textos escolares griegos<sup>5</sup>.

-----  
Grecia: *I Avyf; Adésmeftios Tipos; Apoyevmatiní; Éznos; Eléfceros Tipos; Elefcerotípiá; I Cacicimeriní; Rtsospastis; Ta Nea; To Vima.*

Kosovo: *Jedinstvo; Bujku; Zeri.*

Macedonia: *Nova Makedonja; Vecer; Delo; Makedonsko Sonce; Fokus; Demokratija; Liberal; Glas; Flaka e Vellazerimit; Birlík.*

Montenegro: *Pohjeda; Istok; Svetigora.*

Rumanía: *Vocea Romaniei; Dimineata; Adevarul; Romania Libera; Evenimentul Zilei; Cronica Romana; Romania Mare; Dilema.*

Serbia: *Politika; Borba; Nasha Borba; Vecernje Novosti; Vreme; Telegraf; Duga; Dnevnik; Magyar Szó.*

<sup>4</sup> Programa de la Comisión Europea para el Apoyo a la Democracia y al Proceso de Paz en las Repúblicas de la ex-Yugoslavia; United States Institute of Peace; Open Society Institute y distintos comités de la International Helsinki Federation for Human Rights.

<sup>5</sup> Pueden verse: A. Frangudaki, T. Dragona, *¿Qué es nuestra patria? El etnocentrismo en la educación* (en griego), Atenas, 1997, y C. Koulouri, *Dimensions idéologiques de l' historicité en Grèce (1834-1914)*, Studien Zur Geschichte Südosteuropas, n.º 7, Frankfurt, 1991.

El lenguaje de la intolerancia se transforma en lenguaje del odio según la intensidad de sus elementos negadores, lo cual depende de las circunstancias históricas y políticas que contribuyan a exaltar, en mayor o menor medida, el Yo nacional frente al Otro. Para poder evaluar adecuadamente este lenguaje es necesario tener en cuenta el contexto y las condiciones en que operan esos mecanismos de formación de las identidades nacionales y el mayor o menor grado de libertad en los países afectados porque los medios de comunicación, además del sistema educativo, son los verdaderos transmisores y generadores del clima de percepción del Yo nacional y del Otro. Así, en las sociedades totalitarias, la generación, difusión e implantación de las ideologías nacionalistas excluyentes dominan enteramente el panorama. Sin embargo, otras sociedades, reconocidas como democráticas, no están exentas de ese fenómeno. El caso de Grecia en relación con otros países de su entorno, que durante más de cuarenta años tuvieron regímenes comunistas, es ilustrativo. Grecia, que aun dentro del sistema occidental padeció sin embargo largos períodos de autoritarismo, parece haber redescubierto en el discurso étnico constitutivo del moderno estado nacional un instrumento de cohesión interna de primera magnitud. La restauración democrática no ha significado, aun cuando se abrieran espacios de pensamiento y de lenguaje mucho más tolerantes y críticos, la superación del lenguaje hostil, algo que cualquiera puede comprobar en lo que se refiere al modelo de autopercepción nacional en los manuales escolares (especialmente los de historia) y en los medios de comunicación.

Y es que el gran problema de las sociedades civiles en el Sureste europeo, para defenderse de la creación y reproducción de imágenes etnocéntricas, es que debe redescubrir el concepto de ciudadanía. Hasta que el concepto unívoco de nación, tal y como se la entiende en los Balcanes: como grupo homogéneo que se afirma por encima o en contra de otros, no sea desplazado por el de ciudadanos esencialmente iguales con abstracción de su adscripción lingüística, religiosa y cultural, no se estará en condiciones de desactivar las raíces de la hostilidad potencial o declarada entre «unos» y «otros».

## NEGACIÓN DE LAS MINORÍAS. PRIMACÍA DE LA HOMOGENEIDAD

El lenguaje de la intolerancia y del odio en su manifestación más explícita y mayor nivel de intensidad consiste en la negación, la más de las

veces mediante el recurso a la afirmación axiomática, de la existencia del Otro dentro de las fronteras del propio estado, lo cual significa la negación de existencia de minorías religiosas, culturales o étnicas. En estas situaciones el lenguaje reproduce sistemáticamente en todos sus niveles el concepto imaginario de que la sociedad es enteramente homogénea. La interiorización de este concepto es tal que la «homogeneidad» se extiende más allá de las fronteras territoriales y se convierte en una afirmación universal. Así, por ejemplo, todos los griegos son *omoyenís*, es decir, «homogéneos» allá donde se encuentren, en Grecia, Australia, América, África o Europa, lo cual es común al resto de las otras naciones balcánicas con mayor o menor diáspora. Los medios serbios han hablado hasta la saciedad de la «farsa de la nacionalidad bosnia», lo que implica la negación a la existencia de esa identidad. Los medios albaneses niegan la existencia de minorías en Albania y hablan de un «estado étnicamente compacto». En Croacia los medios han llegado a proponer que las fronteras con Serbia deberían «permanecer cerradas lo próximos cincuenta años», y que debería «levantarse una muralla china entre ambos estados.» En Grecia se repite continuamente que no existe una minoría étnica macedonia y que la existencia de una nación macedónica es una «creación de los americanos y sus “filipinos”», afirmación que implica conscientemente un concepto denigratorio para la realidad multiétnica de los Estados Unidos, además de una contradicción que deja en entredicho al gran número de ciudadanos estadounidenses de origen griego. La conceptualización de la homogeneidad lleva a poner en duda y deslegitimar la credibilidad de las organizaciones internacionales, gubernamentales o no que se cuidan de la vigilancia de los Derechos Humanos. Toda actuación pública de estos organismos, por muy documentada que esté su denuncia relativa al trato de minorías, es acusada de obrar con «histeria antigriega, antis Serbia», etc. Lo mismo cabe decir para la minoría turca en Grecia, dado que, tanto oficialmente como para los medios, no existen «turcos» en Grecia, sino musulmanes, literalmente «mahometanos»<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> En realidad la piedra de toque de los distintos discursos etnocéntricos de los estados balcánicos es la divisoria entre cristiandad ortodoxa e islam; para ello pueden verse H. Pulton, *The Balkans, Minorities and States in Conflict*, Londres, 1993; H. T. Norris, *Islam and the Balkans*, Londres, 1993; H. Poulton, S. Taji-Farouki, *Muslim Identity and the Balkan State*, Londres, 1997. Para el antiturquismo en Grecia y Bulgaria pueden verse respectivamente Helsinki Watch Report. *Destroying Ethnic Identity. The Turks of Greece*, Nueva York-Washington, 1990; B. N. Shimshir, *The Turks of Bulgaria (1878-1985)*, Londres, 1988.

## ESTEREOTIPOS NEGATIVOS ENTRE LOS PUEBLOS BALCÁNICOS

La manifestación más reveladora de lenguaje de la intolerancia y el odio son los estereotipos de tipo nacional, religioso y lingüístico. No se trata con ellos de negar la existencia de «otros» sino de todo un sistema de imágenes, representaciones y descripciones para minimizar, degradar e incluso humillar al Otro y justificar la limitación o alienación de sus derechos identificativos. Mediante este tipo de imágenes negativas los medios de comunicación funcionan como mecanismos que diferencian y excluyen a los «otros», con lo cual participan de la ideología generada desde las instituciones educativas y culturales dominantes y refuerzan la reproducción de la propia imagen nacional, o sea, la identidad nacional dominante. Pero la negación de los «heterogéneos» no siempre actúa de manera directa; puede, por ejemplo, expresarse a través de la enfatización permanente de lo propio minimizando así la inferioridad de lo ajeno; el Yo nacional sale así reforzado. A su vez, la terminología peyorativa puede adoptar numerosas denotaciones y connotaciones según el uso.

Los medios serbios, por ejemplo, reprochan con acritud a los otros «ex-yugoslavos» su «ingratitude y materialismo» hacia Serbia. Los croatas sistemáticamente han sido tildados de «neofascistas», «ustachas» y de «terroristas sedientos de sangre», los bosnio-musulmanes son «terroristas mujahedin» que quieren implantar la «sharia» y que «han declarado la yihad islámica contra la Ortodoxia.» La actitud serbia hacia la población albanesa está determinada por el problema kosovar<sup>7</sup> y ha sido especialmente agresiva desde la anulación de la autonomía en 1989 y a partir del derrumbamiento del régimen de Hoxha en Albania. La ilegalización y persecución de todo intento de recuperación de los derechos perdidos desembocó en la sistemática demonización de los líderes kosovares mediante su caracterización como «terroristas», «separatistas», «criminales», «traficantes», etc.; la resolución de yugular cualquier tentativa separatista se manifiesta en afirmaciones como «nuestro mensaje es que una “República de Kosovo” y una “Gran Albania” sólo podrán realizarse si alguien es capaz de destruir a diez millones de serbios en el corazón de los Balcanes y en el corazón de Europa».

Los medios de comunicación rumanos adoptan también una actitud hostil, no exenta además de antisemitismo, contra su minoría húngara, con

---

<sup>7</sup> Los materiales de este trabajo son anteriores a la crisis aguda iniciada en 1998 en Kosovo y que ha culminado con la intervención de la OTAN en marzo de 1999.

afirmaciones como que «Hungria es un saco de veneno en el cuerpo de Europa» y que si «Jesús fue crucificado por los judíos en seis horas, Rumania ha sido crucificada por los húngaros en seis años».

Los medios croatas no vacilan en fijar un estereotipo antropológico que describe a los serbios como «mucho más bajos que los croatas; de cabeza pequeña y cónica, nada inteligente, cuyos complejos y crímenes son el resultado de esos rasgos fisiognómicos», lo que lleva a concluir que «los croatas, como raza superior, saldrán finalmente victoriosos». Tampoco los macedonios les merecen mejor opinión porque son considerados «bajos, morenos, vagos y no especialmente civilizados».

Las actitudes griegas hacia Turquía y todo lo turco en general han impregnado tradicionalmente su representación conceptual y lingüística. La referencia a lo turco se define así desde una postura defensiva, visceralmente nacionalista que refuerza el Yo nacional percibido como permanentemente inseguro y temeroso de sucumbir ante un enemigo implacable. Los medios de comunicación griegos funcionan, en este sentido, como poderosos mecanismos de aniquilación de un enemigo imaginario a través de variadas formas de lenguaje de odio. La imagen totalmente negativa de lo turco presentada por los medios griegos parte de las relaciones antagónicas que han dominado la historia entre ambos pueblos. Desde la formación del moderno Estado griego, sus políticos y la historiografía oficial configuraron una representación de Turquía como enemiga mortal y eterna, cuya sólo existencia es sentida como una amenaza para su seguridad territorial y para su homogeneidad religiosa y cultural. La Iglesia ortodoxa ha contribuido también poderosamente a ese tipo de actitud en la conciencia nacional griega, hasta el punto de imbuir en el conjunto de la sociedad la idea identificatoria entre Ortodoxia y nacionalidad. El fenómeno refleja igualmente una profunda inseguridad hacia otras culturas y religiones. De hecho toda religión distinta de la ortodoxa es vista con recelo, cuando no como peligro potencial para la Nación griega o *Etnos* y en especial para la juventud, con lo que, dada la confesionalidad de la enseñanza, la difusión de ese tipo de mentalidad está muy arraigada. Por esta razón no debe extrañar que los medios de opinión griegos sean los únicos en toda Europa que adoptan un lenguaje, casi formular, para enaltecer en grado superlativo a la «valiente Ortodoxia» de los serbios en los conflictos actuales, lo cual no se debe a una afinidad étnica sino al hecho de compartir los mismos valores religiosos. Los medios griegos han exagerado las interpretaciones de que la guerra en Yugoslavia es fruto de los ataques de la Iglesia católica y del Islam contra la Ortodoxia. Nos hallamos ante un círculo vicioso en el que un senti-

miento nacionalista a la defensiva genera un odio verbal que, a su vez, produce una sensibilidad de exaltación nacionalista agresiva que intensifica aún más el lenguaje hostil. Este fenómeno sociolingüístico y psicosocial curiosamente no se ha mitigado con la plena inserción de Grecia en las instituciones europeas, al contrario, actualmente se observa un recrudecimiento porque las situaciones externas siguen abordándose con la actitud tradicional. Así, situaciones como el problema chipriota o los diferendos grecoturcos en materia de jurisdicción marítima o aérea, los fenómenos migratorios desde Albania, o la independencia de Macedonia, o el supuesto ataque contra la Ortodoxia serbia en el contexto de los conflictos yugoslavos, han contribuido fuertemente al incremento de la hostilidad del lenguaje. Es significativo, por ejemplo, que cualquier movimiento de Turquía, sea en el terreno diplomático, o en relación con los litigios jurisdiccionales en el Egeo, sean interpretados como «provocaciones», término que automáticamente es percibido como que Grecia es la víctima y Turquía la agresora, mecanismo que legitima el uso de más términos hostiles. Los intentos de adhesión de Turquía a la Unión Europea o el reciente incidente por los islotes de Imia<sup>8</sup> tratados al mismo nivel siendo igualmente «provocaciones de Ankara», «provocación turca sin precedentes», «Imia es el nuevo Mantzikert<sup>9</sup> de Europa». La demonización colectiva del pueblo turco, sin ninguna matización o distinción entre una política o unos políticos y la sociedad y los individuos es una consecuencia directa del sentimiento de víctima permanentemente agredida; los turcos pasan a ser entonces, en un *crescendo* sin fin, tildados de «bribones», «sinvergüenzas», a «carniceros», «asesinos», «hienas asiáticas», «hordas de bárbaros orientales», condición que se agrava por participar del «barbarismo asiático e islámico». Otra modalidad de este lenguaje de odio puede leerse y escucharse en relación con quienes en el extranjero se oponen o cuestionan la actitud de los gobernantes serbios en los conflictos hoy en curso: «los occidentales, en admirable conjunción con Atila, los herederos de Hitler y los musulmanes del mundo entero, están masacrando a un pueblo heroico, antifascista y profundamente cristiano». Esta utilización simplificadora del pasado para justificar la interpretación del presente se ha convertido en un método de interpretación corriente en los medios de comunicación cuando lanzan análisis como este: «una criminal operación de la OTAN, ordenada por el poderoso Islam,

<sup>8</sup> Entre diciembre de 1995 y febrero de 1996.

<sup>9</sup> Alusión a la derrota que sufrieron los bizantinos en 1071 y que afinizó la presencia de los turcos selyúcies en Anatolia.

venganza de los hunos que están en la Alemania neoimperialista, una venganza de los asesinos *ustachi* croatas contra los dos pueblos, el griego y el serbio, que humillaron al Eje».

## IMAGEN NEGATIVA DE INMIGRANTES Y MINORÍAS RELIGIOSAS Y ÉTNICAS

La representación negativa que reproducen los medios de comunicación para establecer barreras diferenciadoras y excluyentes respecto a «otros» y reafirmar la identidad nacional está también frecuentemente dirigida a las minorías e inmigrantes. Así los principales destinatarios de esta modalidad de lenguaje hostil son las minorías étnicas, religiosas y lingüísticas, así como los inmigrantes, cuya presencia impulsa a la constante reafirmación de la identidad nacional dominante. Cuando no se niega enteramente la existencia de una minoría étnica, el medio para desdibujar el estado real de la situación en lo que pueda afectar al reconocimiento de igualdad de derechos para sus componentes, es la invectiva peyorativa y la generalización sin matices. Lo mismo sucede con las minorías religiosas cuando sus derechos entran en conflicto con la religión mayoritaria que, a veces, puede ser también la religión oficial. En este caso, nuevamente las denominaciones peyorativas y generalizaciones van dirigidas a desacreditar la confesión minoritaria por oposición a la confesión dominante. Las minorías lingüísticas, en cambio, suelen ser más fácilmente adaptables a las estructuras nacionales dominantes, pero siempre acaban por ser vistas como un cuerpo extraño precisamente porque tienen características lingüísticas que la sociedad mayoritaria representa negativamente, lo que contribuye a que el grupo minoritario afectado no pueda participar en grado de igualdad, por ejemplo, del derecho a recibir educación en su propia lengua. Los inmigrantes también pueden ser objeto de la hostilidad del lenguaje no porque alteren la imagen de una sociedad homogénea —como en el caso de las minorías—, sino porque cuestionan la propia certidumbre de la identidad nacional dominante desde el momento que su presencia introduce identidades paralelas que no pueden ser integradas ni tampoco ignoradas por la identidad dominante.

En Kosovo los medios de comunicación serbios, tras haberse ilegalizado la enseñanza y prensa en albanés (lengua absolutamente mayoritaria), fueron reciclando intensivamente la imagen del «separatismo» albanés con lo que se desarrolló un clima de tensión que ha agudizado hasta extremos

peligrosísimos la tensión entre ambas comunidades y ahondado la sensación de inseguridad de la minoría serbia que es, sin embargo, quien mantiene ferreamente la identidad del territorio; «los serbios tenemos de nuestra parte a la Historia, los “Shiptars” [peyorativo por “albanés”], la etnogénesis, porque son muy prolíficos»; «la tasa de natalidad más alta de Europa está en Kosovo y Metohija por culpa de la política secesionista propugnada por los autodenominados líderes albaneses». En los países balcánicos ortodoxos es común esta obsesión por la alta natalidad de las minorías musulmanas, denominadas despectivamente «turcas», en consecuencia ese lenguaje hostil se aplica también al temor que les despierta la demografía de Turquía.

En Bulgaria la coexistencia con las minorías turca y gitana es, por lo general, tenida por inevitable ya que su crecido número no permite ignorar o minimizar su existencia. Pero el uso de términos despectivos y generalizaciones es frecuente para contrarrestar psicológicamente el sentimiento de amenaza que la presencia de estas grandes minorías supone para la ideología de homogeneidad nacional. El grupo más perjudicado por el lenguaje hostil es la comunidad gitana por ser la más reacia a integrarse en la cultura dominante y por tanto la más marginada. La vulnerabilidad de este grupo es un fenómeno común a la mayoría de los países de la región por ser el que está en peores condiciones de reclamar el respeto a sus derechos como minoría, por esta razón la agresividad del lenguaje en el caso de los gitanos es excepcional. Afirmaciones como la de que «no son simples criminales, sino sádicos» revelan el alcance de las generalizaciones indiscriminadas de que son objeto y que se refuerzan con el tono truculento de titulares como «mujer cocida viva en un horno»; «un gitano tortura a su mujer y le corta las orejas»; «unos gitanos matan a hachazos a un anciano por un trozo de queso»; «asaltos en tren: una nueva moda de las bandas de gitanos»; «el robo en los trenes se ha vuelto una nueva ocupación de familias enteras de morenos»; «joven violada por una banda de gitanos»; «todo sucio crimen en Bulgaria es cometido por gitanos». Por otra parte, la minoría turca es acusada de «turbulencia étnica» o de «actitud antibúlgara». Como los turcos de Bulgaria, además de minoría étnica, son musulmanes también participan de las imágenes negativas sobre las minorías religiosas por suponer una doble amenaza, étnico-religiosa, para la homogeneidad nacional búlgara. Así podemos leer: «activistas islámicos reclutan jóvenes»; «miles de dólares para preparar una matanza en Bulgaria».

Una conciencia democrática débil tolera mal la diferencia religiosa si la identidad nacional se asienta en la pertenencia a un credo determinado. El intento de asentamiento de la Iglesia Evangélica en Bulgaria es acusado de

maniobras de «sucios bastardos» y organizar «orgías evangélicas». No menor es la hostilidad hacia la difusión de «sectas» islámicas, cuyos «misioneros extranjeros difunden entre los musulmanes de Bulgaria el veneno islámico de la guerra santa contra la religión [ortodoxa]».

Las importantes minorías húngara y gitana en Rumania son asimismo objeto de estereotipos negativos reproducidos abundantemente en los medios y que refuerzan los sentimientos intolerantes hacia estos grupos. Así, por ejemplo, el héroe de la minoría húngara, Bela Marko, es considerado un «renegado cuyos antepasados eran Marcu [apellido rumano]»; los medios no dudan en alimentar una psicosis antimagiar afirmando que «los nacionalistas húngaros fomentan la demolición de nuestras iglesias, la destrucción de las casas de los popes, la hungarización de las escuelas, de nuestros nombres y de nuestros pueblos.» Los gitanos «baten todos los récords en criminalidad», «roban, asaltan y atacan a los rumanos». No faltan pronunciamientos que reflejan el antisemitismo tradicional, como afirmar que «los judíos abusan otra vez de la historia rumana», «los judíos y gitanos que pueblan nuestro país pretenden dominar a Rumanía de diferentes maneras, siempre con el mismo fin: esclavizar económicamente a los rumanos y arrebatarles la libertad en su propia patria.» Los reflejos antisemitas mantienen aún las variantes acuñadas en la época comunista cuando se mantiene que el «gobierno mundial judío» actúa en connivencia con los «chantajistas de la Casa Blanca».

Los estereotipos antialbaneses de los medios serbios, a los que ya nos hemos referido se combinan con la intolerancia étnico-religiosa. Así «se confirma que misionero baptista de la Misión Cristiana Europea y un estudiante de Shiptarología [albanología] de Prístina captó a más de cien “shiptares” en su red de espionaje.» Mensajes como «otras comunidades étnicas son indesables en esta tierra, sobran» suponen una clara invitación a librarse de todo colectivo que altere la homogeneidad de la sociedad dominante.

En Bosnia-Herzegovina los medios fueron un factor decisivo en la ruptura violenta de la convivencia multiétnica. Las imágenes y caracterizaciones negativas dependían de la identidad nacional del medio. Así, los medios serbios lanzaban invectivas contra bosníacos y musulmanes en general y contra croatas y católicos; los bosníacos, contra croatas, serbios, católicos y ortodoxos; los croatas, contra serbios, bosníacos, ortodoxos y musulmanes. Este círculo vicioso de identidades nacionales trataba de defender su posición e imponerse mediante la producción masiva de imágenes de odio hacia el Otro. Se hicieron habituales caracterizaciones del tipo de «*balije*» [despectivo para los musulmanes], «*poturice*» [converso al is-

lam]; «turcos», «fundamentalistas», «soldados de la yihad», «terroristas islámicos»; «el mejor serbio es el serbio muerto». El propio complejo de inferioridad hace crecerse al Yo nacional para creerse superior al enemigo: «los banqueros de Nueva York nos odian a los serbios porque somos la mejor nación de Europa y la piedra angular de la civilización europea...».

Los medios de Macedonia también reproducen estereotipos negativos sobre la numerosa minoría albanesa local: «los albaneses empujan a Macedonia a la guerra»; «los partidos de las minorías [albanesa y turca] quieren de nosotros un impuesto de sangre».

Los medios griegos empezaron a difundir un sentimiento de albanofobia a raíz de la llegada masiva de inmigrantes albaneses tras el colapso del régimen de Enver Hoxha. Conviene matizar que los clichés antialbaneses en Grecia son más un producto reciente del lenguaje de los medios que de las actitudes sociales e incluso políticas, tradicionalmente propicias a una coexistencia más armónica, entre otras razones, por el gran número de población griega de origen albanés y ortodoxa. El lenguaje hostil antialbanés, generado por los medios de comunicación, reproduce más bien prejuicios negativos aplicados en general a los inmigrantes. Así es frecuente leer que «Grecia está prácticamente ocupada por los albaneses», por lo cual «el Estado griego debe arrancarlos de raíz» ya que «los extranjeros superan el 6% de la fuerza de trabajo a expensas de los parados griegos... la situación no puede seguir así»; «el país está plagado de extranjeros que, además, forman bandas y mafias en las grandes ciudades». La sola idea de voces solidarias reclamando un puesto escolar para los hijos de estos inmigrantes es reo de anatema: «nos oponemos a abrir escuelas albanesas en Grecia porque minan nuestros intereses nacionales».

La actitud de los medios de comunicación griegos hacia otras Iglesias y grupos religiosos distintos de la Iglesia ortodoxa es abiertamente hostil. Así las actividades de la Iglesia de la Cienciología, «escuela de asesinos», «herejía peligrosa» y «organización de alucinados», es «un nuevo Satanás», como se puede apreciar, la demonización es explícita. La ambigua libertad religiosa que puede caber en una constitución expresamente confesional deja objetivamente bastante desprotegidas otras confesiones distintas de la oficial que tiene rango de Iglesia nacional, con lo que se llega a sostener que «son herejías extranjeras. Multinacionales americanas, logias protestantes, caballos de Troya papistas, conventículos anglicanos y doctrinas asiáticas con oscuros centros de administración y financiación»; los analistas locales observan «una extraña alianza de heterogéneos mundos religiosos y parareligiosos históricamente hostiles con la sociedad

griega y cuyo objetivo común son nuestras instituciones y la Iglesia ortodoxa», en otras palabras «intentan que los griegos se vuelvan contra su propia historia, la cual adaptan e interpretan conforme a sus sospechosas intenciones».

## HOSTILIDAD HACIA LAS ONGs, INTELLECTUALES Y CRÍTICA INDEPENDIENTE

En lo que afecta al tratamiento dado al pensamiento crítico resulta significativo el marcado contraste entre los medios de comunicación de democracias consolidadas y maduras y los de los países Balcánicos. En general, las sociedades democráticas occidentales tienen como uno de sus valores constitutivos y esenciales el considerar a la oposición intelectual y política como parte integrante de la sociedad y del sistema, con lo que el respeto al principio de crítica y disenso ejercidos colectiva o individualmente es irrenunciable. Sin embargo, las sociedades con conceptos aún no suficientemente estables y maduros sobre la conciencia cívica y la primacía de los valores de la persona y el ciudadano como unos bienes superiores a los conceptos restrictivos de nación, raza, religión o lengua, experimentan un alto grado de sensibilidad y prejuicios emocionales ante la crítica intelectual adversa por considerar que pone en peligro la cohesión nacional o que cuestiona su sistema ideológico de identidad. Las sociedades balcánicas salidas del régimen comunista son todavía más sensibles en este terreno. Cuanto más autoritario haya sido el régimen dominante, mayor y más radical es el rechazo e intolerancia del lenguaje utilizado por los medios hacia las opiniones de intelectuales que no aprecian las «excelencias» de la nueva sociedad. En general, la idea de que la democracia es un proceso en continua transformación y desarrollo, que afecta a todas las instituciones, es todavía débil y, en gran medida, ajeno a muchos medios de comunicación, lo que les convierte en un terreno abonado para generar modalidades de lenguaje hostil contra la libertad de opinión y de palabra. Colectivos independientes y críticos como las ONGs, intelectuales, periodistas, etc. son a menudo vistos como «espías» al servicio de oscuros intereses extranjeros o como «traidores» a la causa nacionalista. En los Balcanes nos hallamos, en suma, ante dos factores que conducen al «lenguaje del odio» contra quienes tienen una visión autónoma y pluralista de la sociedad civil: primero, los hábitos heredados de un pasado autoritario; segundo, la percepción defensiva y agresiva del Yo identificativo nacional.

En los medios albaneses se observa una tendencia a la difamación de personas por sus ideas o actividad política en el pasado, o por su relación con ONGs, pudiendo ser calificados de «enemigos de Albania»; «embajadores de [la Fundación] Soros en vez de verdaderos embajadores de nuestra cultura»; «albaneses vendidos a extranjeros», «secretamente vinculados con el Partido Socialista», «ex agentes de la Sigurimi», etc. Los periodistas más críticos pueden ser denominados «basura gráfica», «fascistas», «stalinistas».

En Bulgaria los medios de comunicación presentan a las ONGs como organizaciones de espionaje que, con ingentes medios de financiación, están al servicio de otros estados. Así, «las actividades de semejantes organizaciones sirven a los intereses de alguien» y «traicionan a nuestros intereses nacionales» porque «nos acusan una vez más de discriminar supuestamente a la gente por su adscripción étnica» pretendiendo que «los derechos y libertades sean más importantes que nuestra propia seguridad».

Es llamativo que en Grecia, el país más democrático de la región, los medios muestren también una fuerte hostilidad contra intelectuales independientes, periodistas y organizaciones que no participan de las actitudes chovinistas e ideologizadas hacia Turquía, la República de Macedonia o las minorías que viven en Grecia. Así, por ejemplo, en relación con las propuestas de grupos de trabajo de diversas ONGs internacionales sobre el problema de la escolarización de minorías en Grecia, se puede leer: «...un comité europeo de derechos humanos habla a favor de abrir escuelas albanesas en Grecia, con el argumento de que en nuestro país viven muchos inmigrantes albaneses y que sus hijos requieren educación en su lengua materna. Semejante idea no sólo se opone a nuestros intereses nacionales, sino que también constituye un reconocimiento directo, por parte del Estado griego, de la existencia de una minoría albanesa en nuestro país». En relación con los supuestos «peligros» que la República ex-yugoslava de Macedonia puede representar para Grecia y la minoría eslavo-macedonia en este país, puede leerse: «...las propuestas del Comité Helsinki de derechos Humanos, en colaboración con la organización Rainbow, para ejercer una presión internacional sobre Grecia con la intención de resolver el problema de las minorías que los macedonios tienen en nuestro país, son más peligrosas que constructivas ... en un país bien gobernado, personas como [...] <sup>10</sup> tendrían que haber sido arrestadas hace tiempo».

---

<sup>10</sup> Un destacado escritor griego, activista defensor de los derechos humanos.

## HOSTILIDAD HACIA OCCIDENTE

Otra modalidad del lenguaje hostil en los medios de comunicación balcánicos es la agresividad hacia el mundo occidental, su mentalidad, sus gobernantes, organizaciones, etc. Se suele proyectar una imagen negativa en la que siempre se ven «conjuras», «incomprensiones», «ataques» contra los intereses de cada nación balcánica en cuestión. Este reflejo visceralmente antioccidentalista tiene raíces complejas sobre las que no es ahora el caso de profundizar. Simplemente hay que precisar que, en gran medida, responde a la memoria histórica de los conflictos de los pueblos del este y sureste europeo con Occidente desde la Edad Media, derivados de la oposición occidental con la Ortodoxia o con el Islam (cisma de Oriente, conquista de Constantinopla por los cruzados, dominio latino en el Levante, pugna entre potencias cristianas y el Imperio otomano, áreas de influencia en la región al formarse los estados nacionales). Para lo que ahora estamos analizando, no hay duda que esos factores influyen, pero el origen inmediato de las tendencias actuales en el lenguaje hostil, con imágenes negativas sobre Occidente, se encuentra en la profunda sensación de inseguridad sobre la propia identidad de las sociedades balcánicas y en la ideología comunista sobre el Gran Hermano que conspira y decide sobre el destino de los pueblos, o sea Estados Unidos. Sin embargo, no tiene mayor importancia el que ese antioccidentalismo obedezca a una lógica residual heredada de la bipolaridad o dependa de pulsiones estrictamente nacionalistas. El hecho en sí es que el lenguaje y la mentalidad antioccidentales dificultan los procesos democratizadores y el desarrollo de una conciencia cívica democrática, con lo cual la sensación de victimismo, en un reconocimiento inconsciente de la propia debilidad, lleva a «justificar» la arbitrariedad, demagogia e intolerancia de los poderes públicos y de los medios de comunicación para mantener en la opinión pública un clima —manipulable— de alerta permanente contra las «insidias» de Occidente.

En Montenegro, guardando una total identificación con el punto de vista de las autoridades de Belgrado, los medios ofrecen numerosos ejemplos de animadversión contra Occidente, que «conspira contra Serbia y Montenegro», que los problemas actuales son una «conspiración del Vaticano contra los serbios». El lenguaje puede llegar al paroxismo cuando la comunidad internacional decide intervenir: «no entienden que el imperio austro-húngaro fracasó creando una Bosnia inexistente»; «los EE.UU y Alemania financian a la Ustacha»; durante siglos el Vaticano ha estado conspirando contra los serbios ortodoxos so pretexto de luchar contra cis-

máticos»; «el Vaticano, la administración americana y el “Cuarto Reich” [es decir, Alemania] han pisoteado todas las normas civilizadas atacando a la nación serbio-ortodoxa»; «el bárbaro bombardeo de objetivos civiles y militares en la Republika Srpska indica claramente que EE.UU y sus aliados no buscan sólo la revancha sino la aniquilación total del pueblo serbio»; «intento de exterminio de la valiente Serbia»; «el Drina es el sueño croata y Viena la meta islámica»; «fundamentalistas y católicos, musulmanes y croatas han sido federados por Washington»; «el Vaticano y Alemania son visceralmente antiortodoxos.» Para la prensa montenegrina «el saxofonista [i.e. el presidente Clinton] busca la destrucción del valiente pueblo serbio con su sofisticada tecnología» y es quien «orquesta la campaña de investigación sobre los supuestos crímenes de Srebrenica».

En Grecia, el único país de la región, vinculado al sistema político y militar occidental desde el comienzo de la guerra fría y miembro de la Unión Europea, el clima de antioccidentalismo verbal es especialmente virulento y suministra ideología radical a propósito de la guerra en Yugoslavia, que es interpretada desde la óptica serbia y ortodoxa. Por ejemplo, la matanza producida por el bombardeo del mercado de Sarajevo en verano de 1995 fue «una conspiración de los servicios secretos occidentales, como todas las otras carnicerías»; «como la OTAN quiere bombardear a Serbia, tira una bomba en Sarajevo, mata a algunos y entonces ataca a los serbios»; «¿es que el nuevo fascismo ha decidido aniquilar al hermano pueblo de Serbia?»; la OTAN es presentada como «una organización inútil de políticos dementes y militares criminales». La alta sensibilidad de la opinión pública griega en relación con todo lo turco es permanentemente explotada por el lenguaje hostil en los medios con lo cual se ahondan y radicalizan las actitudes de la ciudadanía sobre los numerosos diferendos bilaterales y se predisponen a aquella contra la comunidad occidental. Por ejemplo, a propósito de la crisis de los islotes de Imia, en el Egeo (en 1995/6) podía leerse: «respaldo *made in USA* a Turquía en el caso de Imia»; «los Aliados son unos Pilatos proturcos»; «la actitud de los europeos es antigriega y proturca»; «la humillación nacional en Imia es una hazaña [de los Aliados] que lamentarán amargamente»; todo es un «inmundo plan americano ejecutado por los turcos». Tras una visita de la primera ministra turca Tansu Çiller, invitada por parte de Felipe González a una reunión de la cumbre de la *troika* de la Unión Europea en Madrid la prensa griega sostuvo que la cumbre fue «la más descarada y provocadora expresión de amistad hacia Turquía por parte de los caballeros de honor de la Çiller»; «en un derroche de provocación la primera ministra turca afirmó que si se acepta la integración de Chipre en

la U.E. Turquía se anexionaría la zona ocupada de la isla» por lo que se reclamó que el gobierno griego pidiera «a los jefes de estado y de gobierno de la UE reunidos en Madrid que condenaran la afirmación de la primera ministra turca».

Un informe mundial del Departamento de Estado sobre la observancia de los derechos humanos en 1995 causó un «inmenso desagrado y desprecio» en la prensa griega porque hablaba de minorías oprimidas en el norte de Grecia, todo era fruto de «la histeria antigriega con el pretexto de los derechos humanos» porque «el Departamento de Estado ve minorías-fantasmas», «se atreven a hablar de minorías en Grecia», todo se interpretaba como un «conjunto de mentiras»; un alto funcionario del gobierno sostenía que «el informe es ofensivo, inadmisibile y a todas luces falso por lo que a Grecia se refiere (...) los caballeros que han preparado el informe deben de comprender que no existe una minoría turca ni “macedonia”». A propósito de Macedonia cualquier iniciativa o propuesta europea ha sido considerada como una «intromisión» de las «marionetas de la diplomacia americana».

Diversas notificaciones de la Secretaría norteamericana de Transporte Aéreo sobre deficiencias relativas a seguridad en el aeropuerto de Atenas se consideraron como «un torpedo de los EE.UU contra nuestro turismo», «un sabotaje americano para desviar el turismo hacia Turquía», «un acto de hostilidad USA contra nuestro país», «USA es la azafata de Turquía».

En Rumanía los medios presentan una imagen de la penetración occidental en el país con un lenguaje que tiene reminiscencias del vocabulario de la época comunista y que reaviva viejos sentimientos antisemitas: «jamás los agentes extranjeros habían debilitado y paralizado tanto a nuestros servicios de inteligencia; nunca los rumanos habían sido tan humillados por esos extranjeros que nos roban y conspiran para desmembrar nuestro país»; «nuestros historiadores deben presentar documentos para convencer a Estados Unidos de que es una mentira histórica incriminar a Rumanía en el Museo del Holocausto Nazi-fascista»; «es históricamente falso afirmar que el mariscal Antonescu fue un criminal de guerra»; «La OTAN y la ONU favorecen a las bandas mafiosas»; «la Fundación Soros es un pozo de criminales».

El recurso al antisemitismo también es seguido por algunos medios croatas cuando alientan posturas oficiales de crítica a Occidente, considerado culpable de anticroatismo por denunciar crímenes en la guerra con Serbia: «no hay duda de que últimamente círculos internacionales están atizando una amplia campaña para llevar a Croacia al banquillo de los acusados»; «el judío húngaro Soros y otras organizaciones anticroatas, antihumanas y anticatólicas están envenenando a nuestra juventud».

## EL LENGUAJE DEL ODIOS Y LA INDUCCIÓN A LA VIOLENCIA

Las variantes más insidiosas del lenguaje hostil son frecuentemente utilizadas con el propósito de mantener un estado de ansiedad, susceptible, llegado el caso, de propiciar actos violentos, alimentar la conflictividad y cumplir determinados objetivos abiertamente irredentistas. Desgraciadamente este lenguaje de odio no sólo es empleado por los medios de comunicación —en mayor medida cuando se trata de sociedades con nula o escasa tradición de prensa libre— sino por las autoridades; entonces la contribución del lenguaje a la manipulación e intolerancia de la opinión puede culminar en actos de persecución y violencia.

En la prensa croata pudo verse que el uso indiscriminado de la agresividad verbal por parte de las autoridades llevaba a la convicción de que el conflicto entre serbios y croatas era insuperable, con lo que implícitamente se venía a justificar el recurso a la violencia: «El futuro de Croacia no es seguro mientras ellos [los serbios] sigan viviendo en Knin» Tudjman comparó a los serbios con “el cáncer que destruye a la nación croata está en el corazón de Croacia”».

Los medios griegos hablan con frecuencia de territorios perdidos que piden ser redimidos : «No hay territorios perdidos sino sólo tierras sin redimir, debemos de tener esto presente». Durante la crisis de Imia, la actuación, puede que seguramente ilegal, de unos periodistas turcos en un islote se describió con una acusada exageración de los términos que incrementó peligrosamente el riesgo de una confrontación; se trataba según la prensa de un «desembarco», de una «invasión» perpetrado por «agentes de asalto». Parecía como si en aquellos momentos el objetivo de los medios griegos fuera que realmente estallara un conflicto armado: «¡plantémonos en las Termópilas!», «¿Çiller en Imia? ¡Nosotros a Constantinopla que es griega!»; «¡respondamos con nuevas Termópilas, Maratones y Salaminas!».

## CONCLUSIÓN

La larga duración es un factor constante que resulta ineludible tener presente a la hora de acometer cualquier estudio en profundidad sobre el Sureste europeo. Todas las estructuras de tipo histórico, político, intelectual, cultural, etc. en los Balcanes revisten una complejidad que las diferencia de sus homólogas en el mundo europeo occidental. En el campo de los estudios del lenguaje en las sociedades balcánicas y su interacción con el pen-

samiento en sus diversas manifestaciones literarias o no, individuales y colectivas, es mucho lo que queda por hacer. Lo que aquí hemos intentado ofrecer es tan sólo una muestra de la importancia que tiene en el momento actual el análisis del lenguaje más directamente relacionado con la persistencia de una serie de mitos de identificación nacional y/o étnica en las sociedades contemporáneas del Sureste europeo, alimentados por la fabricación y difusión masiva de estereotipos hostiles. Los efectos de las diferentes estructuras identificatorias de larga duración actúan a través del lenguaje, sólo un conocimiento exacto de sus mecanismos de producción y funcionamiento podrían contribuir a una tarea que, en las condiciones actuales<sup>11</sup>, es inaplazable: la superación de las mentalidades etnocéntricas que han conducido con sus comportamientos al conflicto en curso, en aras de unos conceptos social y moralmente destructivos.

---

<sup>11</sup> Como ya se ha señalado antes, este artículo estaba ya preparado antes del comienzo de las hostilidades el 23 de marzo de 1999. Todos los ejemplos recogidos se repiten en un grado mayor, si cabe, de virulencia en estos momentos.